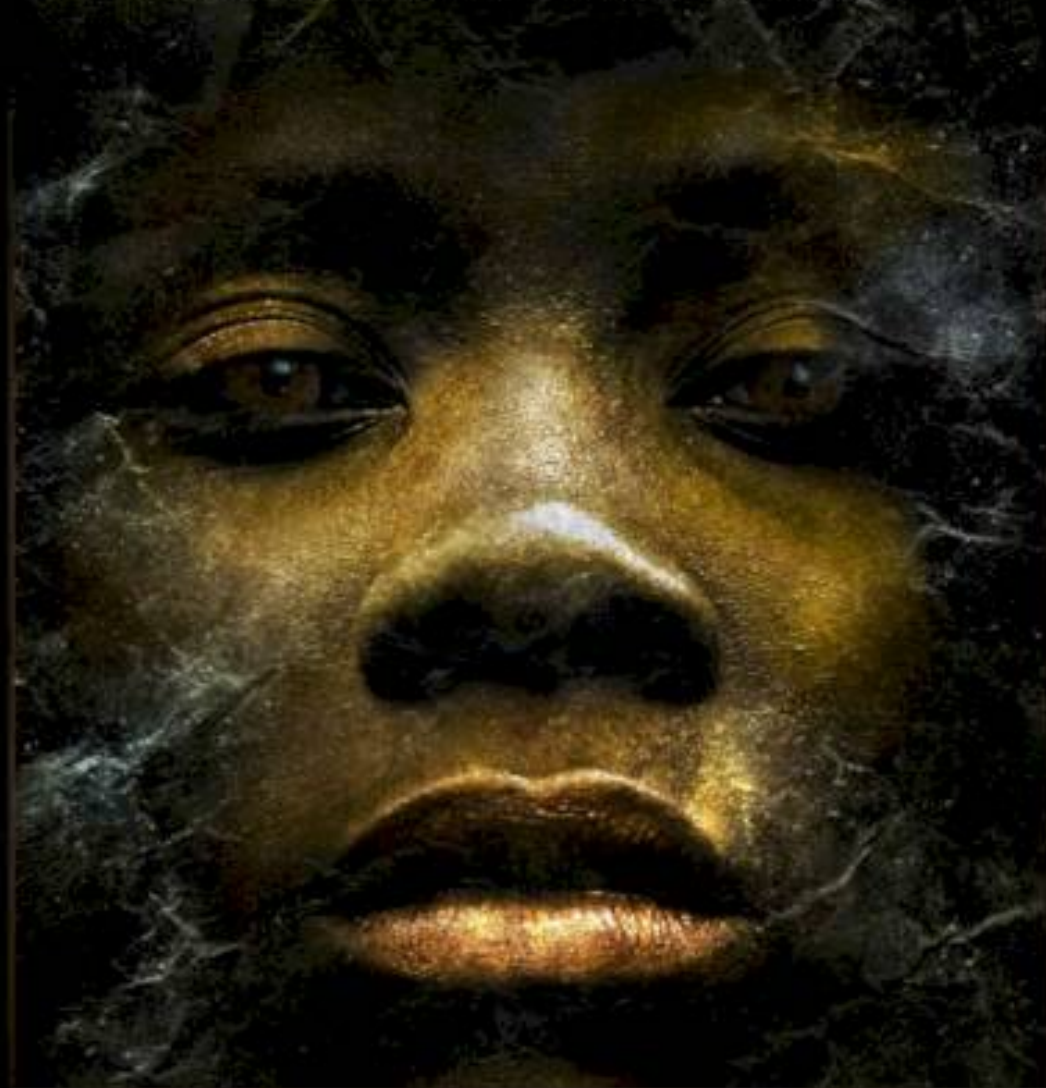


JOSE GIL ROMERO & GORETTI IRISARRI

CORAZONES DE PLOMO

TODOS LOS MUERTOS
LOS CAPÍTULO PERDIDOS



TODOS LOS MUERTOS
LOS CAPÍTULOS PERDIDOS

por Jose Gil Romero & Gorette Irisarri

Edición octubre de 2019

@2019, Jose Gil Romero y Gorette Irisarri

email: joseygorette@gmail.com

facebook.com/gil.romero.irisarri

twitter.com/Jose_Gorette

instagram.com/joseygorette

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal Español).

Agradecimientos: los autores desean agradecer a Pía Quevedo, Xu Jie y Aymée Rivera Pérez por su colaboración en ciertas traducciones y modismos particulares.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Capítulo 2

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Capítulo 3

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Prólogo

Aparta a un lado el cuenco de arroz. No tiene hambre.

Al sacarse los zapatos, sus pies se descubren envueltos en apretadas vendas. A medida que va desenvolviéndolos surgen los dedos montados unos sobre otros, han empezado a deformarse. La joven se los frota, dolorida.

Madame Wang abre la puerta del cuartito, una habitación interior sin ventanas, iluminada por unas velas en el suelo. Bate palmas, acuciando a la chica:

—Ta-ta-ta, estúpida, vuelve a poner zapatos. Viene un caballero.

Todas las muchachas de *madame Wang* se ven obligadas a sufrir el *Sān cùn jīnlíán* —la propia *madame* está orgullosa de su calzado diminuto; unos pies grandes le resultan un espanto. «En Occidente —piensa—, las mujeres no saben ser femeninas». Ella lo aprendió así desde niña: el *pie de loto* da un alto valor a cualquier mujer. Su vena de comerciante encuentra, además, que la vieja costumbre tiene el mismo sentido práctico que para los celosos maridos chinos: a una mujer con el pie contrahecho le es difícil huir.

La chica se apresura a esconderse tras un biombo y vendarse de nuevo los pies doloridos.

Madame Wang hace pasar al boticario Ferrer, que se adentra en la habitación, azorado; no consigue acostumbrarse.

El cuartucho es indigno. El olor del incienso quiere encubrir el del encerrado sudor de anteriores clientes. En la pared del fondo preside un dragón chino descolorido, pintado sobre manchas de humedad; un colchón se extiende sobre el suelo, recubierto por una colcha roja. A su lado, tiembla la llamita del incensario.

Madame Wang está ya despojando al boticario de su maletín, lo deja junto a la puerta.

—Isaura muy bonita —remarca levantando un dedo—. Pelo y dientes buenos.

Sinesio Ferrer se estremece. El tosco dragón enciende en él viejos remordimientos, también rescoldos de deseo, recuerdos de placer de las otras veces que ha venido. Quizá debiera marchar, despedirse dejando pagada la sesión sin utilizarla. Bastaría con pedir su maletín, abrigo y sombrero, abandonar enseguida el local. Así, cuando volviera a casa no sentiría vergüenza de sí mismo al mirarse al espejo.

Oye la puerta cerrarse tras salir la señora Wang. Se ha marchado, gracias al cielo, llevándose consigo esa sonrisa ladina, tan suya.

Isaura ha salido de detrás del biombo. Es una hermosa joven negra, vestida de rojo. Tiene el pelo muy corto, en-sortijado; resulta llamativa la elegancia de las líneas de su rostro, la calidez de sus labios gruesos y sus grandes pechos. No abundan las mujeres de raza negra en Madrid, son extremadamente raras.

Isaura mira al caballero con sus ojos color miel, pareciera pedirle permiso para acercarse. Sinesio Ferrer aguarda, envarado. Sirve de saludo un ligero gesto de asentimiento. No es la primera vez que se ven, seguramente tampoco sea la última.

Entonces corre una a los brazos del otro, y se funden los dos cuerpos después de tantos días sin estar juntos. Cuánto se echaban de menos. Se dan pequeños besos, en la boca, en la frente, recorren sus rostros y vuelven a abrazarse de nuevo. La piel de la joven huele a frutas exóticas del Caribe, a mar embravecido y arena. En brazos de su amada, Sinesio Ferrer flota en un sueño. Quiere pensar que nadie pudiera reprocharle este deseo que le arrebató; al fin y al cabo, ¿verdad?, ningún hombre puede negarse a una diosa.

Sin separarse un momento, mientras él desabotona las presillas de su espalda, ella desabrocha su camisa. Liberada por fin, la joven negra deja caer su vestido sobre la camisa de él, que yace en el suelo. La muchacha acaricia las cicatri-

ces que surcan el pecho del hombre, y también las regala con tiernos besos. Para Sinesio Ferrer, el cuerpo cálido de Isaura convierte en un eco lejano el cuerpo de las otras mujeres que amó; incluso el de aquellas a las que nunca tocó y que deseó en secreto, aquellas con las que simplemente cruzó una mirada ardiente. A ninguna amó tanto Sinesio Ferrer como ama a la hermosa Isaura, la esclava cubana.

Capítulo 1

1

El puente de las manzanas; así lo llaman, a este mercadillo improvisado que de cuando en cuando se organiza bajo los arcos. Aquí acuden campesinos de las cercanías, a tratar de endosar lo que nadie ha querido comprarles: fruta *chuchurría* y amoratada, repollos que crían ya todo un país de moho... Los vendedores exponen su género en el carro o en las canastas que carga una burra, pero también esparcido por el suelo en mantas o cajones de madera renegrida. Al calor del mercadillo acuden desarrapados de todo pelaje y venden velas, cuerdas, sebo, aceite y jabón; también algunas aves, que se revuelven en jaulas destartaladas. Los vecinos de las cercanías atestan el puente, a la búsqueda de una buena ganga. En un extremo, una gitana fríe buñuelos en un perol.

Nadie repara en la piel oscura de una figura que se mueve entre la multitud, tapada la cabeza y media cara por una mantilla raída. De una canasta atrapa una manzana podrida y, devorándola, se escabulle entre el gentío.

Lleva un par de días pateándose las calles. Madrid es para ella un laberinto.

Un par de días, apenas, hace que escapó; le da la impresión de que hayan pasado semanas.

2

Arrodillada, *madame* Wang lava con una toallita los pies de la muchacha. La negra Isaura se halla tendida sobre la cama de seda roja ofreciendo la pierna. En la palangana flotan hojas y flores.

—Están duros —dice *madame* con ternura—. Eres demasiado mayor. Pero no te preocupes, nunca es tarde. Te dolerá más, claro.

Isaura agacha la cara. *Madame Wang* saca unas tiras de lino. Las rasga y, como cada día, comienza a vendarle los pies a la chica, empezando por los dedos.

—Qué pies enormes. Ningún chino respetable te quería, pareces una mujer vulgar.

—Aquí no hay chinos —se atreve a espetar ella.

Sonríe la vieja.

—Hay hombres —dice enseñando los dientecillos—. Con esos pies, ni siquiera *los blancos* te querrán.

Isaura evita decir nada, llorosa; su dignidad lucha contra el dolor y la humillación, en una batalla por contener las lágrimas. Aprietan los vendajes, pero duelen el doble las palabras de *madame Wang* —casi le parece más cruel su dueña cuando no la trata a golpes.

Las chicas de la casa temen a aquella vieja alcahueta más que al diablo; ninguna es libre de aceptar o no a los clientes, ni reciben dinero alguno. Pertenecen legalmente a *madame*; fueron vendidas en las colonias y traídas aquí en secreto, igual que si fueran fardos de contrabando. Son esclavas. Las chicas podrían reclamar su situación, pues la esclavitud no está permitida en la península, pero para ello hacen falta recursos de los que ninguna dispone: conocimientos, abogados, amigos. Y *madame Wang* anda en buena connivencia con policías, empresarios y hasta señores del gobierno. De cualquier modo, para todo eso antes habrían de escapar de aquellos sótanos, y *madame Wang* las vigila de cerca; maneja las llaves y también sus vidas.

Tras constreñir deditos y pies dentro de un vendaje que los reduce a la mínima expresión, la vieja saca aguja e hilo y se pone a coser las tiras de lino, apretándolas a conciencia. Mientras Isaura gime de dolor, la vieja le habla con pretendido cariño.

—Tú guapa. Como dice dicho: «Una cara bonita es regalo del cielo, pero par de pies bonitos es trabajo mío». Yo

conseguiré que tengas *pies del loto dorado*. De niña, en Yunnan, aprendí bien. Mira.

Madame Wang, coqueta, se levanta el largo traje. Luce un pie pequeñísimo, calzado con un zapatito de seda; apenas sobrepasa el tamaño de una manzana grande.

—Gracias a ellos me casé muy bien. Mi primer marido, *Wei*, tenía un negocio en el puerto.

Isaura rompe a llorar; le duele horrores, siente que revientan los dedos bajo los vendajes a causa de la presión terrible a que son sometidos cada día.

Se rebela e intenta arrancarse las vendas. *Madame Wang* la sujeta por las muñecas, gritan las dos mujeres. La alcahueta acaba retorciendo el brazo de la chica, que queda inmovilizada.

—¡*Changji!* —la insulta—. ¿Cómo te atreves a ser arrogante?

Y comienza a pegarle; Isaura se protege con las manos, le llueven golpes en la cabeza, en los hombros y el pecho. A conciencia evita *madame Wang* darle en la cara, por no estropear la mercancía.

—¿Crees que hermosa siempre, zorra malcriada? — ¡*Paf! Paf! ¡Paf!*—. Dentro de poco tiempo eso entre piernas se habrá marchitado; entonces no valdrás ni para colgarte encima la ropa que llevas.

Es cierto que los pies de Isaura son grandes, igual que los de su madre y su abuela. Quizá se debe a un mero reflejo, o quizá un rescoldo había estado esperando dentro de ella, paciente, hasta que un soplo definitivo lo convirtió en llama: son ellos quienes golpean de pronto. No solo cogen desprevenida a la vieja Wang; la mayor sorpresa se la lleva la propia Isaura. Aquellos pies disparan una patada de furia concentrada en la cara de *madame*.

A veces, un vaso arrojado al suelo permanece entero; otras, un toque mínimo en su estructura de cristal lo hace estallar. Los muchos azares que gobiernan el universo se ordenan en aquel instante para que no sea la patada de

Isaura lo que neutraliza a la vieja china, sino el golpe que viene a darse contra el suelo.

Rebota aquel rostro amoratado y, después, de puro miedo, Isaura se deshace de las vendas que envuelven sus pies, agarra los zapatos y sale huyendo.

Esquiva a un par de sirvientes chinos por el pasillo, apartándolos de un manotazo. Corre rápido, corre como lo hicieron sus abuelos años atrás, cuando unos malditos asaltaron la aldea africana buscando carne negra.

La negra Isaura pisa uno tras otro las manos y cuerpos de varios clientes del fumadero de opio, pero no oye sus protestas. Todos sus sentidos están concentrados en el fondo de las escaleras de la sala, en la puerta final. Fuera aguarda la libertad.

Y del mismo modo que, a veces, no se rompe un vaso arrojado contra el suelo, ocurre el sueño acariciado mil veces: Isaura traspasa la puerta y escapa.

3

Está a punto de abandonar el puente cuando le sale al paso la figura imponente de un caballo tordo. Isaura levanta la mirada hacia el jinete y cuando descubre de quién se trata le parece sentir un latigazo en los ojos. «¡Me encontré!», grita por dentro. Se cierra la mantilla a fin de ocultar su rostro y da la vuelta para escapar entre la marabunta.

Ya es tarde, sin embargo: hace rato que Baldomero San Román la descubrió entre el gentío; no le ha quitado ojo. Hinca espuelas en el caballo. Montado y oteando desde arriba, se mete entre la gente; resuenan los cascos mientras todo el mundo, atemorizado, abre hueco para que pase la bestia.

Isaura avanza, avanza a codazos, sin mirar atrás; resuena bajo la mantilla su respiración entrecortada.

Pasa junto a una jaula de pollos: una vendedora, con dos conejos cogidos de las orejas, discute el precio con

una clienta. Isaura suelta el pasador de la jaula y las aves escapan. Se monta un buen tumulto: la vendedora, su hijo y su marido persiguen a los pollos; hay gentes de bien que les ayudan a devolverlos a la jaula, pero no faltan patibularios que aprovechan para meterse uno bajo el abrigo. Entre gritos y peleas, Isaura se sirve del alboroto y echa a correr hacia el otro extremo del puente.

San Román azuca al caballo.

—¡Paso! ¡Paso, coño!

Va repartiendo fustazos a fin de abrirse camino; cunde el pánico. La muchedumbre se aparta hacia las paredes, alejándose de su furia; otros le insultan, pero cierran la boca cuando descubren el sable envainado que el jinete lleva al cinto.

No le resulta difícil alcanzar a la esclava Isaura, que termina acorralada contra la base de uno de los arcos.

Baldomero San Román la mira desde lo alto del caballo. Con la fusta le retira la mantilla. El rostro de Isaura queda al descubierto.

—Que me lleve el diablo —musita San Román sonriendo. Tiene varios dientes de oro.

Alza la pierna por encima del lomo de su montura y, sin apartar los ojos de la chica negra, se deja caer. A sus pies pululan algunos de los pollos escapados, cacareando. San Román se agacha y agarra uno por el pescuezo. De un tirón le arranca la cabeza al pollo y se vierte un chorro de la sangre por encima del pecho. Luego se santigua sobre la sangre.

—*Benedictus est* —dice—. A mí no vas a robarme el alma.

Isaura se sabe perdida: como un relámpago agarra el perol del puesto de buñuelos y tira de él. Cae el aceite hirviendo a los pies de San Román, que tiene que retroceder para no escaldarse. La vieja gitana protesta entre gritos, pero Isaura escapa ya a la carrera. Si quiere huir de ese caballo no le queda más remedio que dejarse caer por la ladera.

—¡Negra! —exclama San Román desenvainando el sable—, ¡vuelve aquí!

Agarra las bridas del caballo y se las entrega a un crío que se aprieta contra la pared.

—Cuídate de él hasta que vuelva y te daré una moneda. —Le enseña el filo del sable—. Pero si me la juegas será de este del que pruebes.

Sale corriendo detrás de la chica negra, que, a unos metros, alcanza ya la orilla del río y corre por el barro.

4

Va a saltar por encima de un bulto cubierto de lodo y se le queda un zapato atrapado; Isaura cae de bruces.

Atrás se acerca Baldomero San Román, bajando por la ladera del río, sable en mano; refulge el oro en su boca entreabierta.

La mujer negra agarra el zapato que se le ha quedado atrás. El bulto en el que acaba de tropezar resulta ser un borracho enfangado que la agarra por la camisa.

—Negrita guapa... Estás muy sucia...

Isaura le atiza tal zapatazo en los morros que el zapato sale volando. Al caer, el borracho tira de la camisa y se la rasga; ella está ya levantándose; echa a correr de nuevo.

Su única esperanza es alcanzar el bosque de sábanas que se ve al fondo, en la orilla del río; quizás allí pueda distraer a su perseguidor.

Llegado a las sábanas tendidas a secar, San Román las aparta como quien retira el follaje de una selva, se encuentra con sábanas y más sábanas; no hay quien las seque, hace días que no para de llover. San Román rebusca entre el laberinto hasta que descubre un bulto tras una de ellas.

Lo abraza abalanzándose sobre él y caen los dos, envueltos en la ropa de cama. Escucha bajo la ropa un grito de hembra que más recuerda a un rugido. Cuando San Román retira la tela encuentra a un coloso con forma de

mujer. La llaman la Bruta; sobresale el busto como dos cántaros colmados, el grosor de sus brazos dobla a los de San Román.

—¿Qué haces, pedazo de cochino? —exclama la enérgica.

Y de un empujón lo lanza a varios metros; cae sobre sus pobres riñones el hombre de los dientes de oro.

Atisba desde el suelo una sombra que huye algo más allá; le falta tiempo para incorporarse y echar a correr tras ella.

—¡Vuelve —grita la Bruta— y planta cara, malnacido cabrón!

Pero el cazador de esclavos está ya siguiendo un rastro en el fango: las particulares pisadas de Isaura, con un pie desnudo y otro calzado.

—¿Perdiste tu zapatito, Cenicienta?

Allá descubre la sombra, escondiéndose tras una sábana.

Despacio y de puntillas para no embarrarse hasta los tobillos, San Román se aproxima con el sable por delante.

—Cuando era crío tenía un perro —dice en alto, para que ella escuche cómo se acerca—. Un hijo de mil padres, tan contrahecho que ni podía cerrar bien la boca. Un jodido inútil. Pero había una cosa que aquel chucho sabía hacer a las mil maravillas: cazar comadrejas. Solo eso, pero había nacido para ello, el hijoputa: podía oler el miedo de la comadreja, esperándolo escondida. Y se iba acercando a ella muy despacio, sin quitarle los ojos de encima, hasta que se le echaba al cuello como un rayo.

San Román, ¡zas!, aparta la sábana de golpe: encuentra a Isaura tan aterrada como la bicha de su historia; pero, al contrario que en su historia, ella no es una comadreja. Isaura le da un revés tremendo con la piedra que ocultaba en la mano y le cruza la cara. ¡Crack!

Cae hacia atrás Baldomero San Román, llevándose las sábanas por delante y manchándolas con la sangre que escupe por la boca: la negra Isaura acaba de saltarle un diente de oro. San Román no consigue frenar hasta que